

# I

Resulta poco frecuente que la juventud se permita una felicidad perfecta. Da la impresión de que deben realizarse demasiadas operaciones de selección y rechazo como para poder ponerse al alcance del subyugante despertar de la vida. Pero, por una vez, Kate Orme había decidido rendirse a la felicidad permitiendo que ésta impregnara cada uno de sus sentidos como una lluvia primaveral empapa un fértil prado. No había nada que justificara tan repentina placidez. Y, sin embargo, ¿no era precisamente eso lo que la hacía tan irresistible, tan irrefrenable? A lo largo de los dos últimos meses —desde su compromiso con Denis Peyton— nada significativo se había añadido a la suma total de su felicidad y no existía posibilidad alguna, tal y como ella misma habría afirmado, de que nada viniese a aumentar de

modo apreciable lo que constituía ya de por sí un saldo incalculable. Las circunstancias de su vida se mantenían inalterables tanto en lo externo como en lo que se refería a su propio mundo interior. Pero mientras antes el aire había estado cargado de alas que revoloteaban a su alrededor, ahora esas mismas alas parecían haberse posado sobre ella, y podía entregarse a su protección.

Muy diversas circunstancias se habían ido combinado hasta llegar a cimentar la base de la melancólica paz en que se hallaba. Su carácter respondía a las más delicadas vibraciones, y al principio su júbilo ante el amor que sentía había sido demasiado inmenso como para no acarrear también con él cierta confusión, una readaptación de todo su paisaje vital. Se hallaba de pronto en territorio desconocido, donde aquel que la había llevado hasta allí resultaba ser el menos indicado para actuar como guía. Hubo momentos en que tuvo la impresión de que el primer desconocido que se encontrara por la calle podría descifrarle su propia felicidad con más destreza que Denis. Luego, a medida que su mirada fue acostumbrándose, cuando las líneas comenzaron a fluir y a armonizar abriendo amplias vistas sobre nuevos horizontes, comenzó a tomar posesión de su reino, a considerar que, realmente, éste le pertenecía. Pero nunca antes había sentido que también ella le perteneciera a él. Y era precisamente esta última impresión la que ahora llegaba para completar su felicidad, dándole un sagrado sentimiento de permanencia.

Se levantó de su escritorio donde, con una lista en la mano, había estado repasando las invitaciones para la boda, y caminó hacia la ventana de la salita. Todo a su alrededor parecía contribuir a esa extraña armonía, alcanzada gracias a la cuota que cada uno de sus sentidos le había ido aportando: el frescor de la estancia, su magnífica amplitud tan cargada de tradición, sus vistas a los campos y bosques extendiéndose hacia el lago bajo el plateado esplendor de septiembre, el propio aroma de las últimas violetas en un jarrón sobre el escritorio, el montón de hortensias rosadas y malvas dispuestas en maceteros por el balcón, la caída, de vez en cuando, de una hoja por el aire en calma... Todo, de algún modo, se fusionaba para incrementar una sensación de bienestar que, no obstante, hacía que aquellos estímulos parecieran meros montones de algas flotando inermes en la corriente.

Su sonrisa se ensanchó al descubrir que alguien se aproximaba desde las laderas más bajas que daban al lago. Aquel sendero formaba un atajo desde Peyton Place, y ella sabía que Denis tendría que aparecer por allí en cualquier momento. Su sonrisa, sin embargo, no se debía tanto al hecho de que él se estuviera acercando como a la sensación que tenía de que resultaría imposible hacerle saber a su prometido cómo se sentía. Una sensación que no le preocupaba lo más mínimo. No podía imaginarse compartiendo sus más profundos sentimientos con nadie, y el mundo en que vivía

con Denis era demasiado brillante y espacioso como para admitir cualquier restricción. Su sonrisa era en realidad un tributo a esa franqueza que había hallado en la clara mirada de él, y que con tanta frecuencia constituía un refugio en el que poder protegerse de sus propias complejidades.

Denis Peyton estaba acostumbrado a que le recibieran con una sonrisa. Se le podía perdonar el hecho de que pensara que las sonrisas constituían el ropaje habitual del rostro humano, y que su consideración de la vida y de sí mismo se viera teñida necesariamente por la cordialidad en que ambos términos se habían encontrado siempre. De hecho, desde el principio había pensado que la vida era un negocio excepcionalmente agradable destinado a culminar, de forma bastante apropiada, en su compromiso con la única joven con quien siempre había deseado casarse, y en la aceptación de la herencia de su pobre hermanastro, que le había dejado una fortuna que ampliaría sus horizontes de manera muy grata. Tal combinación de circunstancias podía justificar el que un joven pensara de sí mismo que tenía cierta trascendencia en el universo. Y, en un último toque de idoneidad, resultaba que el luto que Denis todavía llevaba por el pobre Arthur le otorgaba una renovada distinción a su, de otro modo, un tanto enrojecido buen aspecto.

A Kate Orme le hacía gracia la manera de pensar de su futuro marido, pero podía aceptarla gracias a la tole-

rancia con que se permite la intervención del elemento inconsciente en todos nuestros juicios. No existía, por ejemplo, nadie más sentimentalmente humano que la madre de Denis, la segunda señora Peyton, una mujer fragante y de cabello plateado cuyos modales neutros y colores azul lavanda evidenciaban una mentalidad que había decidido cerrar los ojos ante todo lo desagradable de la vida. No obstante, era obvio que la señora Peyton veía una «dispensa» en el hecho de que su hijastro nunca se hubiera casado y que su muerte le permitiera a Denis, en el momento justo, dar un gracioso paso hacia la opulencia. ¿No era, después de todo, propio de una mente sana aceptar los regalos de los dioses en esta religiosa disposición, hallando pruebas evidentes del «diseño divino» en el triste hecho de que Arthur hubiera resultado inmune en el pasado a cualquier tipo de correctivo? La señora Peyton, segura de haber hecho «cuanto estaba en su mano» por Arthur, habría considerado poco cristiano lamentarse por el providencial fracaso de todos sus esfuerzos. Las deducciones de Denis eran, por supuesto, menos directas que las de su madre. Además, él se había encariñado con Arthur, y sus esfuerzos por mantener al pobre hombre en el buen camino habían sido menos jactanciosos y más espontáneos. Los resultados se podían apreciar, si no en un cambio en el carácter de Arthur, sí al menos en los nuevos términos de su testamento, y el sentido ético de Denis se vio gratamente fortalecido por el descubrimiento

de que ser un buen tipo era algo que merecía enormemente la pena.

Esa predestinación general en la que la señora Peyton basaba sus creencias se había visto de hecho confirmada por ciertos acontecimientos que redujeron el luto de Denis a un mero gesto de respeto, ya que habría sido una farsa lamentar la desaparición de alguien como el pobre Arthur, que había dejado tras de sí tan indeseable estela. Kate no sabía del todo qué había sucedido: su padre compartía con la señora Peyton el firme convencimiento de que las jóvenes no debían estar presentes en los debates abiertos acerca de la vida. De los silencios y evasivas entre los que se movía, tan sólo pudo adivinar que había una mujer. Una mujer que era, por supuesto, «horrible» y cuya horrible condición incluía una especie de enigmática demanda contra Arthur. Pero la demanda, fuera la que fuese, había sido puntualmente desacreditada. Toda la cuestión se había desvanecido y, con ella, la mujer. Los ojos volvieron a cerrarse ante el lado desagradable de las cosas, y la vida continuó sobre el consenso de que éste, simplemente, no existía. Lo único que Kate supo fue que una oscura nube había surcado el cielo sobre sus cabezas y que luego éste había vuelto a quedar tan limpio como antes.

¿Había sido quizá, se preguntaba, la misma disolución de esa nube —tan remota y poco amenazadora— lo que le aportaba ahora esa nueva serenidad a su firmamento? Resultaba espantoso pensar que la mayor

sensación de seguridad tan solo escondía un mero deseo de huida, que la felicidad no era más que el aplazamiento temporal de un castigo. La malsana obstinación en semejantes ideas se vio acentuada por la proximidad de Peyton. Él poseía el don de devolver las cosas a sus proporciones normales, de franquear los abismos de la vida a través del cerrado túnel de una indiferente alegría. Todo lo que en ella pudiera haber de agitado y dudoso se derrumbaba en su presencia, y se sentía dichosa de contemplar su amor como una bendición que comenzaba justo donde concluían los quehaceres del intelecto. Hoy se encontraba, más que nunca, en este estado de encantada entrega. Más que nunca, él parecía ser la clave del acuerdo entre ella misma y la vida, el centro de una encantadora complicidad. Era imposible mirarle y no percibir que el viento siempre soplaba a su favor.

Un viento que le acercaba a ella, como de costumbre, a paso rápido y confiado, y que, no obstante, parecía haberse hecho más lento, como pudo apreciar, cuando salió del hayedo y comenzó a atravesar el césped. Caminaba como si estuviera cansado. Ella tenía la intención de contener sus impulsos y esperarle en la terraza, en su habitual tendencia a quedarse en los umbrales del placer, pero algo hizo que saliera a su encuentro. Bajó rápidamente los escalones y cruzó el césped.

—Denis, pareces cansado. ¿Ha pasado algo?

Puso la mano sobre su brazo y le miró mientras seguían avanzando, alarmada no tanto por el nuevo

matiz que se adivinaba en su rostro como por el hecho de que su propia cercanía no hubiera operado ningún cambio en él.

—Sí. Estoy algo cansado. ¿Está tu padre en casa?

—¿Papá? —Ella le miró sorprendida—. Se fue a la ciudad ayer. ¿No te acuerdas?

—Ah. Sí. Por supuesto. Me había olvidado. Entonces, ¿estás sola?

Ella soltó su brazo y se detuvo delante de él. Estaba muy pálido, con el envejecido aspecto de un extremado cansancio físico.

—Denis, ¿estás enfermo? ¿Ha sucedido *algo*?

Él forzó una sonrisa.

—Sí, pero no es necesario que pongas esa cara de susto.

Kate emitió un profundo suspiro de alivio. *Él* estaba a salvo, al fin y al cabo. Y todo lo demás, por un instante, pareció moverse por debajo de los límites de su propio mundo.

—¿Tu madre? —dijo ella entonces, alarmada de nuevo.

—No se trata de mi madre. —Habían alcanzado la terraza, y él siguió caminando hacia el interior—. Entremos. Es horrible lo que deslumbra la luz aquí fuera.

Pareció sentirse mejor en la fresca oscuridad de la salita, donde, tras el resplandor de la tarde, sus rostros resultaban casi indistinguibles. Ella se sentó y él se alejó unos pasos. Se detuvo brevemente ante el escritorio para



examinar los montoncitos cuidadosamente clasificados de las tarjetas de boda.

—¿Hay que enviarlas mañana?

—Sí.

Él se giró y se situó delante de ella:

—Se trata de esa mujer —dijo de pronto—. La mujer que decía ser la esposa de Arthur.

Kate comenzó a sentir la presión de un miedo desconocido.

—Pero, entonces, ¿era su esposa?

Peyton movió la cabeza con un impaciente gesto de negación:

—Si lo era, ¿por qué no lo demostró? No tenía la más mínima prueba. Los tribunales desestimaron su demanda.

—¿Entonces?

—Verás... Ha muerto. —Se detuvo brevemente y las palabras siguientes fueron surgiendo con cierta dificultad—. Ella y el niño.

—¿El niño? ¿Había un niño?

—Sí.

Kate empezó a decir algo, pero después se derrumbó. Las jóvenes no solían escuchar cosas semejantes. La confusa sensación de horror que la dominaba no era nada comparada con este primer afilado contacto con la realidad.

—¿Y han muerto los dos?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes? Mi padre dijo que esa mujer se había ido. Que había regresado al oeste.

—Eso creíamos. Pero esta mañana la encontramos.

—¿La encontramos?

Él fue hacia la ventana:

—Allí. En el lago.

—¿A los dos?

—A los dos.

Ella se dejó caer ante él, estremecida, tapándose los ojos como si deseara apartar de sí aquella horrible visión:

—¿Se habían ahogado?

—Sí.

—Pobre criatura. ¡Pobre criatura!

Permanecieron en silencio un breve instante. Los minutos cavaban un abismo entre ellos, hasta que él pronunció unas cuantas palabras irrelevantes en medio de aquel silencio.

—Los encontró uno de los jardineros.

—¡Pobre criatura!

—Fue bastante espantoso.

—Espantoso. Sí... —Ella se había erguido de nuevo—. ¡Pobre Denis! Tú no estabas allí... Tú no tuviste que...

—Tuve que verla. —Ella percibió el inmediato alivio en su voz. Ahora podía hablar, podía relajar sus nervios en el cálido abrazo de su comprensión—. Tuve que identificarla. —Se levantó intranquilo y comenzó

a pasear por el cuarto—. Me quedé sin aliento. Yo... ¡Dios mío! Era imposible imaginar algo así, ¿verdad? —Se detuvo delante de ella con las manos extendidas en afán explicativo—. Hice todo lo que pude. No es culpa mía, ¿verdad?

—¿Culpa tuya? ¡Denis!

—No quiso aceptar el dinero. —Entonces se detuvo, siempre bajo la atenta mirada de Kate.

—¿El dinero? ¿Qué dinero? —Su expresión cambió, endureciéndose mientras el rostro de él iba relajándose—. ¿Le ofreciste dinero para que abandonara el caso?

Él la miró fijamente un instante y después rechazó aquella idea con una sonrisa.

—No. No... Tan solo después de que el caso se fallara en su contra. Parecía no tener dinero, y le envié a Hinton con un cheque.

—¿Y ella lo rechazó?

—Sí.

—¿Qué dijo?

—Pues no sé. Lo habitual. Que sólo deseaba demostrar que era su esposa. Por el bien del niño. Que nunca quiso su dinero. Hinton dijo que estaba muy tranquila. No mostraba el más mínimo gesto de nerviosismo. Pero devolvió el cheque.

Kate permaneció sentada sin moverse, con la cabeza ladeada y las manos unidas sobre las rodillas. Ya no miraba a Peyton.

—¿Podría haberse cometido un error? —preguntó lentamente.

—¿Un error?

Ella había elevado la cabeza, y ahora clavaba la mirada en él con una extraña insistencia:

—¿Podrían haber estado casados?

—Los tribunales no lo consideraron así.

—¿Pudieron equivocarse los tribunales?

Él empezó a moverse de nuevo, hasta dejarse caer sobre otra silla.

—¡Por Dios, Kate! Le dimos todas las oportunidades del mundo para que probara sus argumentos. ¿Por qué no lo hizo? No sabes lo que estás diciendo. A las jóvenes como tú se os mantiene al margen de estas cosas. ¡Claro! Cada vez que muere un hombre como Arthur aparecen mujeres de ese tipo. ¡Ya lo creo! Hay abogados que viven de estos asuntos. Pregúntale a tu padre. Obviamente, esa mujer esperaba que le diésemos dinero a cambio de que se fuese.

—Pero, ¿si no quiso aceptar tu dinero?

—Esperaba que le entregásemos una gran suma. Para abandonar el caso, quiero decir. Cuando descubrió que íbamos a luchar, comprendió que el juego se había acabado. Imagino que se trataba de su última partida, y estaba desesperada. No sabemos cuántas veces pudo haber hecho lo mismo antes. Esas mujeres siempre están intentando hacer dinero a costa de los herederos de cualquier hombre que... Que haya andado con ellas.

Kate escuchó su respuesta en silencio. Tenía la impresión de avanzar por un estrecho saliente de conciencia, sobre una escarpada y sobrecogedora profundidad que no se atrevía a mirar. Pero la profundidad la arrastró y ella la observó aterrorizada.

—Pero el niño... ¿El niño era de Arthur?

Peyton se encogió de hombros.

—Eso otra vez. ¿Cómo vamos a saberlo? No creo que esa mujer... ¿Cómo desearía que tu padre estuviera aquí para explicártelo!

Ella se levantó y fue hacia él para poner las manos en sus hombros en un gesto casi maternal.

—Dejemos de hablar de esto —dijo—. Hiciste todo lo posible. Piensa en el enorme consuelo que fuiste para el pobre Arthur.

Él dejó que sus manos reposaran allí donde ella las había dejado, sin moverse ni oponer resistencia alguna.

—Lo intenté. ¡Hice todo lo que pude para que se mantuviera en el buen camino!

—Todos lo sabemos... Todos. Y sabemos también lo muy agradecido que te estaba. Lograste que al final las cosas fueran muy distintas para él. Habría sido terrible que hubiera muerto allí solo.

Le llevó hasta un sofá y se sentó a su lado. Un profundo abatimiento se había apoderado de él, y dejaba que sus manos reposaran inertes entre las de ella.

—Fue tan generoso por tu parte el que viajaras día y noche. ¡Y aquella terrible semana previa a su muerte!

De no haber sido por ti, habría muerto solo, entre extraños.

Él se mantuvo en silencio, con la cabeza inclinada hacia delante y con la mirada perdida.

—Entre extraños —repitió distraídamente.

Ella entonces se irguió, como asaltada por un pensamiento repentino.

—Esa pobre mujer... ¿La viste en alguna ocasión mientras estuviste fuera?

Él retiró las manos y frunció el ceño como si estuviera realizando un considerable esfuerzo por recordar.

—La vi. Sí, la vi. —Se retiró el pelo desordenado de la frente y se levantó—. Salgamos —dijo—. La cabeza me da vueltas. Quiero alejarme de todo esto.

Una oleada de remordimiento la llevó a sus pies.

—¡Es culpa mía! No debería haber hecho tantas preguntas. —Se giró y tocó la campana—. Pediré que nos traigan los ponis. Tendremos tiempo para dar un paseo antes de que se ponga el sol.